

Una Economía desde la Realidad del Mundo y del Hombre

Se supone que un comentario a un artículo es una ocasión excelente para avanzar en el conocimiento científico. Pero este avance sólo se puede hacer si se formulan preguntas, se cuestionan afirmaciones y se suscitan dudas. Por tanto, al tiempo que agradezco la oportunidad de participar en los comentarios al artículo del Profesor Stickers, quiero dejar claro que, por encima de los comentarios críticos que pueda haber en mi exposición, me ha parecido un artículo muy sugerente, estimulante y acertado en sus afirmaciones.

Para mi comentario seguiré un esquema muy parecido al artículo. Empezaré con una introducción histórica, para continuar después con los tres aspectos con los que Stickers ejemplifica su crítica a la economía, y con una reflexión general sobre la ética y la economía.

La crítica al cientificismo

El profesor Stickers inicia su artículo con una crítica al cientificismo, del cual la economía moderna es uno de sus mayores exponentes. No puedo estar más de acuerdo con sus reflexiones. Se nos propone la fenomenología como un modo de

superar el cientificismo. En este punto los dos compartimos un interés por la filosofía pragmática, y ciertamente, al menos en su origen—en el pensamiento de su fundador, Charles S. Peirce—el pragmatismo fue un intento de superar los límites de la modernidad. Desde esta tradición pragmática se ha propuesto en diferentes ocasiones una renovación de la filosofía moderna.¹

El artículo que comentamos puede encuadrarse muy bien en este espíritu de renovación. Todo método científico tiene, de alguna forma, el objetivo de proporcionar un modelo para explicar la realidad que sea más sencillo que la realidad misma. El peligro está en confundir la sencillez con la simplificación, sobre todo cuando se trata de explicar la realidad social. La complejidad de las relaciones humanas nos debe poner sobreaviso ante el peligro de construir modelos que, por querer ser sencillos, dejen fuera de su consideración variables explicativas relevantes, y por tanto, lleven a valoraciones incompletas de la realidad.

En el pensamiento sobre el *management* se ha asumido acríticamente un modelo economicista que tiene la gran ventaja de ser sencillo, permitir exquisitas formulaciones matemáticas y planteamientos de una gran elegancia teórica. Este modelo se basa en tres supuestos básicos: considera que la empresa es un instrumento eficiente de gestión de recur-

Juan Fontrodona es Profesor Adjunto de Ética Empresarial, IESE School of Business, Universidad de Navarra, Barcelona.

sos, supone que el propietario es el accionista, y supone como finalidad de la actividad empresarial la maximización del beneficio. Elegante y sencillo, pero terriblemente incompleto. Por esta razón la búsqueda de nuevos paradigmas conceptuales sigue siendo una tarea presente en todas las discusiones sobre *management*.

Por tanto, la propuesta de Stickers de superar el cientificismo es perfectamente asumible—y necesaria—desde el *management*, y sus observaciones sobre el objetivismo y la pérdida de una referencia a la realidad son aplicables a la teoría sobre la dirección de empresas, que con el transcurso de los años se ha encerrado en una auto-referencialidad intelectualmente estéril.² Stickers afirma que la ciencia moderna se preocupa más por la conformidad con los procedimientos que por satisfacer las necesidades de las personas. También en la empresa se confunden los estados contables con la actuación ética de sus directivos y se piensa ingenuamente que los beneficios son necesariamente expresión de una correcta labor directiva. En ambos casos hay que reclamar una mayor atención a la observación—a lo fenomenológico—frente a lo procedimental, y por tanto a lo ético y humanista frente a lo técnico.

El tiempo y la escasez de recursos

El primero de los tres aspectos en los que Stickers muestra cómo la economía se ha distanciado de la realidad es la noción de “escasez.” Me parece muy sugerente la reflexión antropológica que lleva a cabo. En un breve resumen, podemos decir que Stickers afirma que la escasez no es algo real sino una estrategia del hombre para ocultar su propia finitud. La negativa a reconocerse finito, mortal, le lleva a con-

siderar todas las cosas insuficientes para saciar su aparente “infinitud.” Por el contrario, la propuesta de Stickers es la de reconocer que nuestra presencia en este mundo es limitada, porque desde esta aceptación podemos dar a las cosas su justo valor. Me parece muy interesante este toque de realismo, y me recuerda a reflexiones hechas desde la ascética cristiana, en las que la consideración de las últimas realidades invita a poner en su debido lugar las cosas de este mundo. Todas las cosas tienen una importancia relativa cuando se consideran desde la muerte. La no aceptación de esta realidad nos lleva a una insaciabilidad constante de deseos y afectos. Algo muy propio de la situación contemporánea.

De todos modos creo descubrir en el planteamiento de Stickers un cierto tono pesimista, que me parece que está relacionado con su apreciación de la naturaleza humana. A mi modo de ver, aunque es cierto—y empíricamente irrefutable, por más que se quiera disimular—que la existencia del hombre en este mundo es limitada, me parece igualmente cierto que el hombre tiene una capacidad infinita de conocer y amar, es decir, aquellas dos operaciones propiamente humanas que manifiestan la racionalidad del hombre. Desde esta perspectiva la relación del hombre con el entorno no es solamente una relación en la que no se pueden tener todas las cosas (esta sería la postura de Stickers, con una cierta resonancia estoica), ni mucho menos la de una relación en la que todo es necesario y nada suficiente (esta sería la postura que critica Stickers), sino una relación en la que puedo prescindir de todo, porque nada sacia mi capacidad infinita de conocer y querer cada vez más. Esta postura lleva a una actitud optimista y de superioridad del hombre frente al mundo en el que vive.

A mi modo de ver, la escasez no es solamente una invención humana, sino una realidad, aunque la economía no debe preocuparse tanto por la escasez en sí como por el carácter medial de las cosas. Es claro que el hombre durante su vida va encadenando decisiones y acciones que tienen una finalidad en sí mismas, pero también una relación de medio respecto a fines más altos. Así puede decirse que hay un fin último respecto al que todas las demás acciones tienen carácter medial. Pues bien, la capacidad infinita de conocer y amar lleva a que, puesto que ninguna de las cosas que se pueden poseer en este mundo puede saciar esa infinitud, todas adquieran para el hombre un carácter medial, no necesario, prescindible. En la medida en que los seres humanos somos capaces de considerar más cosas como medios, nos hacemos más libres. Por el contrario, cuántas más cosas tenemos por necesarias, menos libres somos.

En resumen, me parece muy sugerente la crítica que Stickers hace a la noción de escasez, aunque, a mi modo de ver, la solución no es tanto reconocer la finitud del hombre, como afirmar un cierto sentido de infinitud en el ser humano que le lleva a estar en un orden superior al resto de las realidades de este mundo.

El espacio y el mercado

El segundo aspecto que Stickers considera tiene una referencia al espacio en el que se desarrolla la actividad económica. Stickers trae muy bien a colación la noción griega de mercado, como la plaza en la que se desarrollaba la vida social. Frente a ese mercado perfectamente delimitado, la economía nos propone una noción de mercado sin límites. Me parece que la globalización, de la que tanto se

habla hoy en día, es la expresión por antonomasia de ese lugar ilimitado en el que tienen lugar las transacciones económicas.

A mi entender la globalización presenta una serie de paradojas que sólo pueden ser resueltas en referencia a la ética.³ En el tema que nos propone Stickers la paradoja aparece cuando caemos en la cuenta de que, aunque queramos hacer desaparecer las fronteras y hacer el marco de nuestra acción ilimitado, el hombre siempre necesita puntos de referencia en su actuación. Sin estos referentes el hombre anda perdido, confunde las cosas y sus prioridades. El hombre necesita un cierto orden y jerarquía en sus valores y en sus responsabilidades. Aunque la supresión de barreras físicas sea un avance en el desarrollo de la humanidad, esto exige, como contrapartida, contar con unos referentes que nos ayuden a dar prioridad a nuestras acciones. Hay otra idea que tiene también una gran relevancia actual: la desconexión con la tierra. El auge de las nuevas tecnologías, la aparición y desarrollo del Internet han permitido acuñar una expresión que hace unos años se hubiese tomado como un *oxymoron*: la realidad virtual. Pero lo cierto es que esta realidad virtual está teniendo una influencia cada vez mayor en la economía, y se están empezando a suscitar muchas cuestiones sobre los efectos positivos y negativos de esta tendencia: ¿Qué hay de real detrás de todo este “boom” de la nueva economía? ¿Cómo afecta a la economía la extrema volatilidad de los mercados de nuevas tecnologías? ¿Cuál es su conexión con la economía real? ¿Es una revolución o una “burbuja” financiera?

La inclusión de nuevas tecnologías en las empresas tradicionales se presenta siempre en términos de eficiencia, de

ahorro de costes, pero lo cierto es que una empresa no se gobierna sólo en términos de eficiencia, sino también en términos de cohesión social y de excelencia humana. Tomemos, por ejemplo, el caso del *business-to-business*, que se presenta como la solución a la relación de las empresas con sus proveedores, en términos de una mejora en la eficiencia de las transacciones económicas, lo cual—dejando a un lado las grandes palabras—significa crear plataformas con un gran poder de compra para obtener mejores precios. ¿Es bueno que la relación con los proveedores se reduzca a términos de eficiencia? ¿Ha sido ésta la base sobre la que se ha construido esa relación en épocas pasadas? ¿Tiene sentido hablar de *stakeholders* de la empresa si luego los tratamos en términos de costes y beneficios? A mi me parece que el excesivo énfasis que se está poniendo en la eficiencia supone un empobrecimiento del sentido de la actividad económica. De la misma forma que la agenda de un directivo debe tener espacio para los “imprevistos”—si no, la vida se deshumaniza—, también la eficiencia debe tener espacio para las ineficiencias—si no, corremos el peligro de mercantilizar las relaciones humanas. Pero esto nos lleva ya al tercer punto.

Los valores de la vida

Los dos puntos anteriores, con unos referentes tan cercanos a la fenomenología como el tiempo y el espacio, nos llevan a una consideración más axiológica—cercana también a la fenomenología—sobre los valores que se encierran detrás de la economía moderna.

La imagen que hasta ahora tenemos es la de un mundo ilimitado, lleno de recursos escasos. ¿Le extrañará a alguien que, con un mundo así, se presente al

hombre como un depredador que lucha por su existencia, y por hacerse con la mejor pieza, como si se tratase de unas rebajas de verano en unos grandes almacenes, o, si se quiere—puesto que hay que guardar una cierta compostura—como alguien que se sienta a calcular cómo sacar el máximo provecho para todos ... o para casi todos? Al fin y al cabo, en los fundamentos del liberalismo económico se encuentra Hobbes y su idea del *homo homini lupus*.

Esta es la visión que Stickers tiene de la economía moderna y de los valores del industrialismo. Más bien habría que decir de la reducción de los valores al valor de la utilidad. Parece que Stickers dirige sus críticas a la visión marxista del hombre y de la sociedad, en la que el individuo es reducido a una pieza del engranaje social. Pero me parece a mí que la misma crítica puede hacerse—quizás con más motivos, al menos desde los planteamientos expuestos en el artículo—hacia aquel capitalismo deshumanizado que no es respetuoso con la dignidad de la persona humana. Uno y otro planteamiento tienen en común su raíz materialista—teórica, en el caso del marxismo; práctica, en el caso del capitalismo. Aun así hay que dejar en claro la diferencia: no hace falta poner un calificativo al marxismo para decir que es contrario a la dignidad de la persona humana—lo es en todas sus variantes—, mientras que sí se pone calificativo al capitalismo antes de declararlo contrario a la dignidad de la persona humana, lo cual quiere decir que puede haber un modo de entender el capitalismo que sea coherente con el respeto de la dignidad humana.

Frente a los valores del industrialismo, Stickers propone los valores de la vida, que van mucho más allá de la utilidad como valor único. Estoy de acuerdo

en que hay que superar este reduccionismo economicista. Sin embargo, me parece que hay que dar un paso más allá y que no es suficiente con ampliar la escala de valores. Este paso implica pasar de la consideración de los valores a la consideración de los bienes, y viene exigido por la misma realidad que hemos estado observando.

El hombre, decíamos, tiene una posición superior en el universo, en cuanto es capaz de prescindir de las cosas materiales que le envuelven, siendo más libre frente a ellas. Esta posición le lleva a una situación de dominio frente al mundo material. Pero el dominio puede utilizarse despóticamente o políticamente. Se utiliza despóticamente cuando se instrumentaliza y se hace relativo a mí. Esto es lo que ocurre con la visión utilitarista. Se utiliza políticamente cuando se respeta su identidad, cuando se advierte que, porque puedo prescindir de él, debo dejarle que sea como es por sí mismo. Por eso el dominio del hombre sobre la creación es un dominio político, es un dominio de “cuidado” (*care*) del mundo. Y eso significa que el mundo es bueno por sí mismo, y no sólo bueno en relación a mí. Esto es, en el mundo hay bienes (cosas buenas por sí mismas) y no sólo valores (valoraciones de esos bienes por parte del sujeto). Mi propuesta es, por tanto, que hablemos de bienes, o de realidades que son buenas, y no sólo de valores, esto es, de cómo los seres humanos valoramos estas realidades, porque hablar de valores sin referencia a bienes es el primer paso hacia el relativismo, y el relativismo es terreno abonado para el economicismo.

Iría aún más lejos en mi razonamiento y diría que la consideración de los bienes nos lleva directamente más allá del individualismo. Si solamente hay valores, es decir, si sólo hay valoraciones subjetivas

de los individuos, no hay forma de escapar del ámbito del interés individual; como mucho, podemos hablar del interés de grupo o del interés general, pero ninguno de éstos va más allá de la suma de intereses individuales. Por el contrario, cuando hablamos de bienes, hablamos de realidades que trascienden nuestras apreciaciones particulares, y por tanto son bienes para todos, con independencia de cómo sean individualmente valorados. No se trata sólo de respetar *mis* bienes, sino de respetar bienes que son de todos. Por ahí se empieza a vislumbrar la idea del bien común, una idea impensable en el contexto de una visión economicista como la que Stickers critica.

Por tanto, diría que estoy de acuerdo en criticar la visión reduccionista de la economía moderna, pero me parece que hasta que no empecemos a hablar de bienes y no sólo de valores no habremos dado un paso adelante en favor de esta renovación fenomenológica que buscamos. Al fin y al cabo, lo que experimentamos en el mundo no son valores, sino bienes.

Una visión integral del mundo desde la ética

Los tres puntos señalados por Stickers tienen una gran relevancia ética, y—sin sorpresa por mi parte—vienen a reclamar la necesidad de una revisión de las teorías éticas que están en la base de la economía y la dirección de empresas, en la línea de una visión integral de la ética propuesta en otros lugares.⁴

En la historia del pensamiento sobre la ética hay como tres grandes elementos que se van intersectando: los bienes, las normas y las virtudes. Un estudio de las distintas teorías pone de manifiesto cómo

éstas, en cuanto dejan de considerar alguno de estos tres elementos, incurren en planteamientos deficientes tanto en el plano de la formulación teórica como de su aplicación práctica, en nuestro caso respecto de la empresa y la economía. La conclusión es que sólo desde una visión integral de estos tres elementos puede formularse una ética que sea a la vez consistente en la teoría y relevante en la práctica.

Los tres aspectos que Stickers señala inciden justamente en los tres elementos de una ética integral. La reflexión sobre la escasez pone de relieve la necesidad de reflexionar sobre la naturaleza humana y sobre algunas virtudes como la sobriedad y la generosidad. La crítica al concepto de mercado nos ha llevado a la necesidad de un orden, de unas normas que nos ayuden a movernos correctamente en la complejidad de nuestro entorno. Por último, la reflexión sobre los valores del industrialismo nos ha hecho evidente la necesidad de recuperar la idea de bienes. Estoy seguro de que Stickers no era conocedor de esta propuesta, entre otras cosas porque su artículo se publicó en 1985, antes de que Leonardo Polo publicase su libro en el que propone esta visión integral de la ética, pero me parece una señal evidente, no sólo de la importancia de la crítica de Stickers, sino de la validez de esta propuesta. Diría Peirce que este acuerdo de la comunidad científica es señal de que podemos estar en el camino de la verdad.

La conclusión sería, por tanto, que la teoría económica moderna—tal como nos la presenta Stickers—supone una visión reduccionista e incompleta del hombre y de su conducta, y por tanto se basa en una teoría antropológica y ética equivocada. No es extraño que de su formulación se sigan efectos nocivos para el hombre y la

sociedad. Al ser incapaz de encontrar una relación armónica entre los distintos elementos acaba por desfigurar toda la realidad. Stickers nos enumera brevemente al final de su artículo tres puntos que ejemplifican esta transformación que lleva a cabo la visión economicista. Stickers se refiere al autocontrol, a la libertad, y a la confianza.

El autocontrol se convierte en un control sobre el entorno, sobre la competencia, que se ve como un enemigo. Vuelvo aquí a una referencia a la ascética cristiana, pues a menudo se ha dicho que la paz se consigue luchando en primer lugar contra los propios defectos. La lucha—el autocontrol—es en primer lugar con uno mismo. La contrapartida a esta postura es una visión de la competencia en clave de darwinismo social.

En cuanto a la libertad, ésta es originariamente el actuar de acuerdo con la propia conciencia. La modernidad la transforma en un fin último, en una simple libertad de elección, en la que las apetencias se confunden con derechos. Esta concepción de la libertad es completamente individualista, puesto que mi libertad pasa por hacer realidad mis propios intereses. La libertad de los demás es, en el fondo, una limitación “necesaria” a mi libertad. Mi libertad—se dice—acaba donde empieza la libertad de los demás. Nada más lejos de la realidad. Hay que recuperar un sentido comunitario de la libertad: mi libertad empieza donde empieza la libertad de los demás, porque cuatro manos pueden hacer más que dos, porque cuatro ojos ven más que dos. Es decir, porque necesito de los demás para mi propio desarrollo, y porque muchas veces mi conciencia me llevará a buscar consejo en quien sabe más que yo.

La confianza, por último, se pierde.

Se hace necesario un marco legal que me defienda ante los demás. ¿Qué confianza queda en una sociedad en la que todos luchan por la supervivencia, y ven amenazada su existencia ante la cercanía de los demás? Es cierto que la realidad no se corresponde a este panorama tan pesimista que aquí estamos dibujando. Esto ocurre, porque, gracias a Dios, los hombres no nos comportamos del todo como las teorías suponen. En el fondo, todos tenemos un cierto conocimiento ético que nos lleva a actuar con una bondad natural que facilita la convivencia. Pero creo que es bueno que—como ejercicio intelectual—llevemos hasta sus últimas consecuencias las teorías, para ser conscientes de hasta dónde podemos llegar. Y la teoría económica moderna nos puede llevar, me parece, hasta estos extremos.

Un reto para el futuro

Muchas veces los economistas se han refugiado en el aparente carácter técnico de su ciencia para rehuir cualquier planteamiento o crítica ética. En el mejor de los casos aceptan que la economía no puede dar respuesta a todas las preguntas y a todas las realidades del hombre, sino sólo a aquellas que son objeto de su método científico. Por tanto, añaden, no tienen nada en contra de que desde otras ciencias se señalen límites a sus planteamientos. Incluso puede que los reciban con agrado y los hagan propios. Pero, ¿es esto suficiente? Mi conclusión es que no. No se trata, a mi modo de ver, de poner límites a una teoría equivocada en su base. La filosofía, en su condición de ciencia que se hace las preguntas más radicales sobre la realidad, tiene como tarea señalar principios de acción a las demás ciencias, someter a crítica sus supuestos, poner de relieve sus limitaciones e inco-

herencias. Pero la filosofía no está para poner límites a nada. A los errores no hay que ponerles límites: los errores hay que solventarlos. Por eso, sintiéndolo mucho, hay que decir que esa disposición de los economistas a aceptar que se les impongan límites corresponde a la falsa humildad de la comodidad. Lo que se reclama a los economistas—y este es el reto con el que querría finalizar mi comentario—es que se atrevan a formular una nueva teoría económica que olvide los presupuestos de la modernidad y vuelva a tomar en consideración la vida en su plena realidad. Porque la realidad de la vida lleva demasiado tiempo ausente de la teoría económica.

NOTAS

¹Nubiola, J. (1996), *La renovación pragmática de la filosofía analítica: Una introducción a la filosofía contemporánea del lenguaje*, Pamplona: Eunsa, 2ª. ed.; Debrock, G. (1992), “Peirce, a Philosopher for the 21st Century,” en *Transactions of the Charles S. Peirce Society*, 28, 1-18

²Pfeffer, J., (1997), *New Directions for Organization Theory*, New York: Oxford University Press; Porter, L.W, (1996), “Forty Years of Organizational Studies: Reflections from a Micro Perspective,” *Administrative Science Quarterly*, 41: 262-69

³Fontrodona, J. (2000), “La dirección de empresas en la era de la globalización. Una reflexión desde la ética” (www.economia.ufm.edu.gt/ProfesoresInvitados/Fontrodona/globalizacion.htm).

⁴La propuesta ha sido hecha por Polo, L., (1996), *Ética*, Madrid: Unión Editorial. Una aplicación de esta teoría al campo del *management* puede encontrarse en Fontrodona, J., Guillén, M. y Rodríguez, A. (1998), *La ética que necesita la empresa*, Madrid: Unión Editorial.